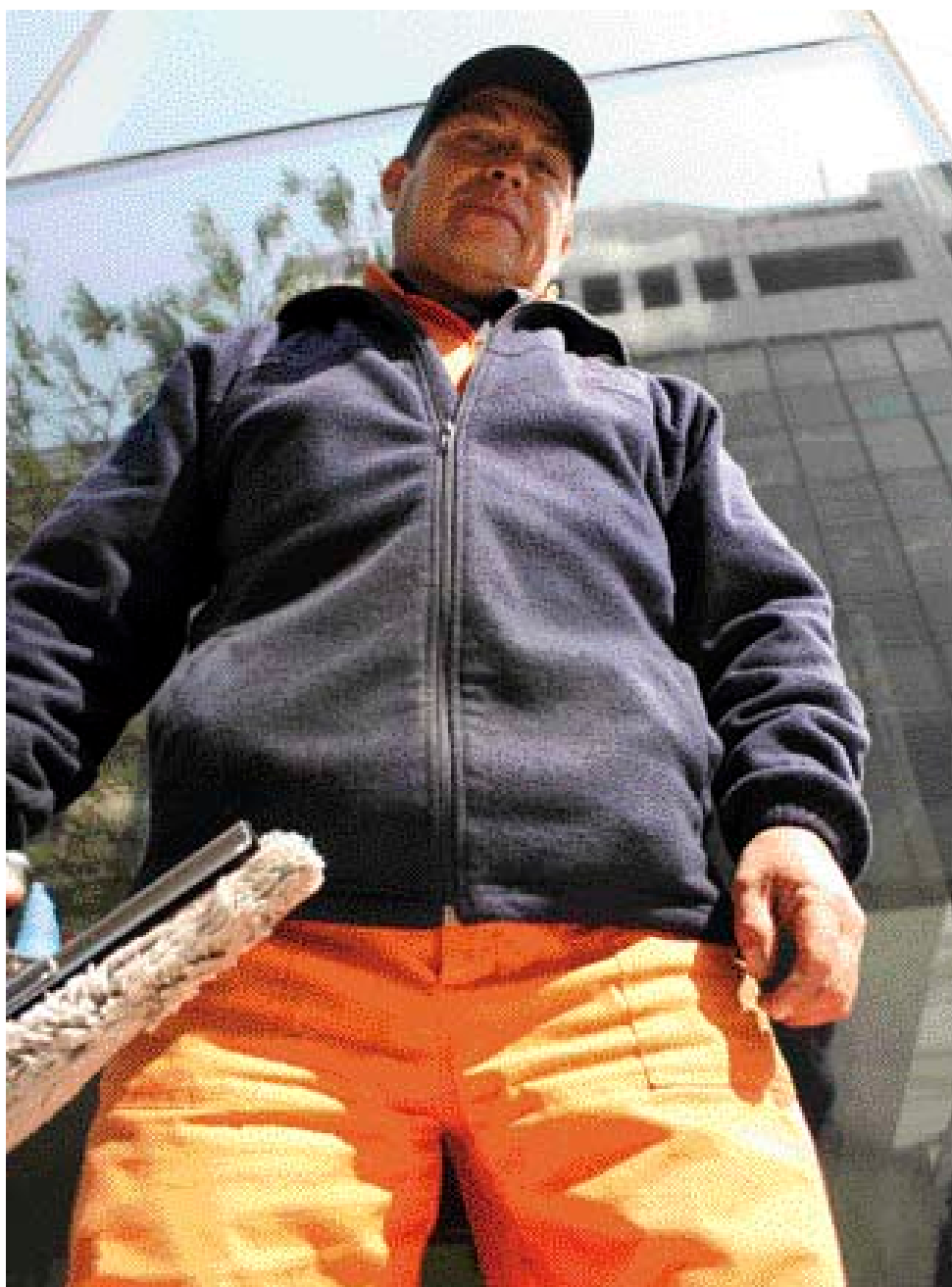


JOSÉ COLOMA: Limpiador de vidrios en altura

Si pensamos a Santiago como una metrópolis donde transcurren las aventuras de superhéroes, los limpiadores de vidrios serían algo así como los Spiderman de la ciudad: uno puede estar mirando por la ventana de un veinteavo piso y sorpresivamente aparece alguien colgando del aire. José Coloma es uno de ellos. Aquí su experiencia.

Por Cristóbal Dumay • Fotos Carolina Rosas



“Voy a cumplir doce años haciendo esta pega. Antes trabajaba en una metalúrgica y hubo una serie de cambios en la compañía, así

que despidieron como a sesenta personas. Estuve dos meses en la casa, sin nada que hacer más que buscar trabajo. Me puse a ver en el diario algo que fuera distinto a mi ocupación anterior porque me pagaban muy poco. En eso, llegué a un aviso de limpiador de vidrios en alturas. Me dije, *vamos, esto sirve para salir de la casa y hacer algo*. De hecho, antes yo había realizado este oficio, pero no en alturas. Tenía experiencia.

“El requisito número uno para hacer esta pega es no tenerle miedo a las alturas. Luego, la Mutual de Seguridad te hace unos exámenes para ver si puedes resistir este tipo de rutina. También hay que hacer cursos de capacitación para aprender sobre los riesgos de trabajar en altura y el manejo de los carros o andamios colgantes. También aprendemos cuáles son las precauciones que hay que tener, los dispositivos que hay que llevar y todo lo que tenga que ver con la prevención de riesgos.

“Nosotros vamos afirmados con un arnés. Gracias a Dios en mis años de trabajo jamás se me ha cortado una piola. Eso sería terrible. Pero sí he quedado detenido por alguna falla técnica del carro. La mayoría de los andamios tienen un sistema para bajar de emergencia, pero cuando no lo tienen hay que pedir un rescate. Por ejemplo, el otro día quedé detenido en el piso doce. Bien alto. Para ese tipo de casos la empresa tiene un equipo de alpinismo. Y así, de a uno, bajaron los dos colegas que estaban atrapados. El carro tuvo que quedar ahí, colgando. Luego vinieron los técnicos y lo bajaron. Ese tipo de

problemas pasa muy poco. Igual la gente de las oficinas nos saludan o nos sacan fotos, como si fuéramos superhéroes. Si uno se queda atrapado hay que tener paciencia no más. No queda otra. El consuelo es que, por lo menos, arriba los temblores no se sienten.

“Las primeras veces que me subí al carro sentí mucho nerviosismo y adrenalina, pero con el tiempo me acostumbré. A pesar de la experiencia, las sensaciones en la guata y el miedo nunca se pasan. Por ejemplo, cuando aparece un viento más o menos fuerte, el carro se mueve y aparece la adrenalina. Es parte del trabajo.

“Lo más extremo de esta pega es cuando trabajamos en descenso por cuerdas, así como un andinista. Eso lo hacemos cuando no se puede acceder a un carro. Vamos limpiando hileras de vidrios de tres personas al mismo tiempo. Igual hacemos el trabajo bien rápido. Eso pasa en los edificios que no tienen anclaje, es decir, que no tienen desde dónde colgar un carro. En esos casos nosotros buscamos una parte donde se pueda soldar e improvisamos uno. Normalmente los edificios más antiguos no tienen el sistema.

“Trabajamos hasta la una de la tarde no más. A esa hora aparece el viento y es más peligroso, porque las cuerdas empiezan a golpear los vidrios y pueden provocar un accidente. Luego tenemos la tarde para nosotros”. **EC**

